

Los pasos de la gente sin voz



Apreciar una fotografía, evoca inmediatamente un instante albergado en la memoria, un fragmento de la historia propia, ajena o compartida que nos habla sin emitir una sola palabra, trasladándonos con el germinar de las emociones, entre lágrimas, sonrisas, o suspiros, hacia el pasado, congelado en una imagen, cual transparencia de un ámbar que perpetúa la existencia en su contenido. Así, Jesús Abad Colorado (1.967) con su fotografía “San Carlos 2.003”, permite aflorar la máxima expresión de sensibilidad frente a la dignidad humana, con el ligero caminar de las personas en condición de desplazamiento forzado en nuestra estropeada patria.

Sentir su fotografía, vivirla, hace que, de manera natural se entrelace con los versos del poema “Gente” de Wislawa Szymborska (1.923-2.012) quien desde su lenguaje poético da voz a esta imagen. Aunque,

Nadya Carolina Salguero Ramírez

Lic. Literatura y lengua castellana
Semestre IV CAT Ibagué

Ahora soy un nómada, una planta sin raíces
Darío Jaramillo Agudelo

en tiempo y territorio distante, también encuentra la más sensible forma, para develar la vulnerabilidad del ser humano, frente al degradante flagelo, que se resume en huir para preservar la vida.

Presento a continuación, el poema de Szymborska:

Gente

Gentes huyendo de otras gentes.
En algún país, bajo el sol
y bajo unas nubes.

Atrás dejan todo lo suyo,
campos cultivados, gallinas, perros,
espejos en los que ahora el fuego se contempla.

Cargan en sus espaldas cántaros, bultos,
cuanto más vacíos más pesados de día en día.

Hay quienes se detienen en silencio,
y los que, entre el tumulto, roban el pan a otro,
y quien acuna a un niño muerto.

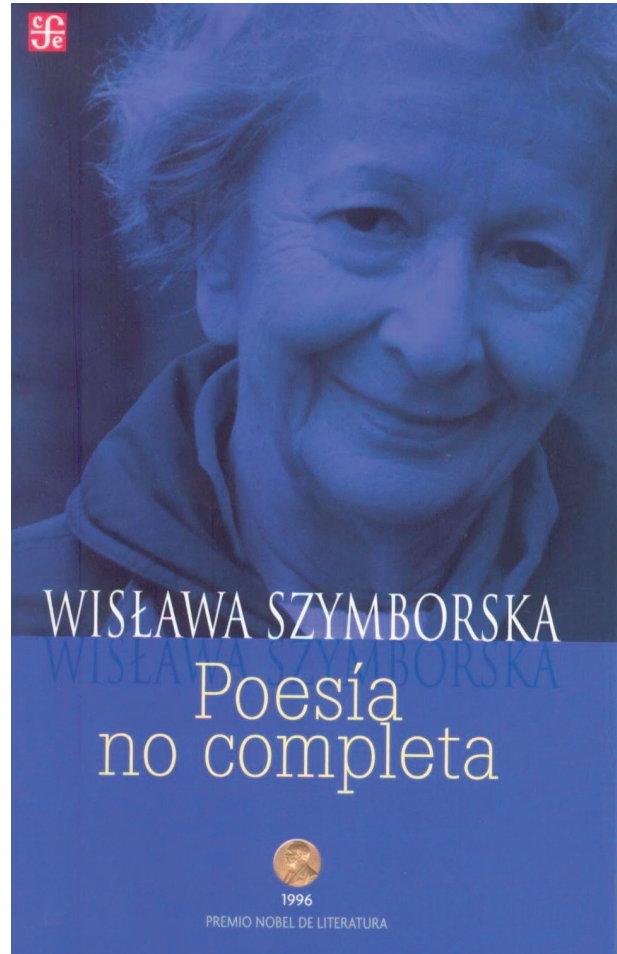
Frente a ellos un camino que no es el suyo,
un puente que no es el que necesitan
sobre un río extrañamente rosado.

Alrededor se oyen disparos, más cerca, más lejos,
mientras en lo alto un avión hace giros.
Sería bueno gozar de cierta invisibilidad,
de una oscura pedregosidad,
o mejor aún, de un no-haber-existido
por un tiempo breve o incluso largo.

Algo va a suceder todavía, pero dónde, y qué,
alguien les va a salir al encuentro, pero cuándo,
quién, en qué forma, con qué intenciones.
Si puede elegir, tal vez no quiera actuar como
enemigo y los deje todavía con una cierta vida.

Jesús Abad Colorado, fotógrafo colombiano, nacido en Medellín en 1967, merecedor de diferentes galardones a nivel nacional e internacional, hizo parte del grupo de memoria histórica GMH, es autor de varias obras, como *Mirar de la vida profunda* (2.015). Ha recopilado el registro fotográfico, por más de 2 décadas, en la que se destaca la obra titulada “El testigo: memorias del conflicto armado en Colombia en el lente y la voz de Jesús Abad Colorado” publicada en el año 2.018, aportando a la memoria histórica, en procesos de reconciliación a la que tienen derecho las víctimas del conflicto interno del país. Es reconocido por su labor humanitaria, en el acompañamiento de las comunidades más vulnerables y por su especial sensibilidad frente a la dignidad humana, como lo afirmó en una entrevista “Si algo nos conmueve, seremos capaces de contar con una imagen esa pulsación del alma” (Fundación GABO 2.019).

Su fotografía “San Carlos 2.003” toma vida al reflejar la huida de varias personas desplazadas por las FARC en Antioquia, en la cual llama la atención el gran esfuerzo que hace un padre por sostener una nevera, con la imposibilidad de mirar hacia atrás, como si el peso del destierro doblegara su rostro para nunca más volver a levantarlo. A este hombre lo acompaña su hija, quien camina presurosamente justo, delante de él. Y en toda su composición, la foto trae implícita la crueldad que padecen quienes emprenden un viaje sin retorno con la etiqueta “soy desplazado”.



Por otra parte, Wisława Szymborska, poeta y escritora nacida en Polonia (1.923-2.012). Fue refugiada en Cracovia desde su infancia. Durante la segunda guerra mundial, trabajó en Ostbahn, suspendió sus estudios y cuando quiso continuarlos, debió hacerlo en secreto. En la posguerra, surge como escritora, caracterizándose por el realismo socialista. Dirigió la revista *Zycie Literackie*, en la cual publicó sus primeros poemas.

Su obra se compone aproximadamente de 350 poemas en 12 volúmenes, obtuvo el premio Nobel de literatura en el año 1.996.

Es conocida por la crítica literaria como la gran dama de la poesía, por su elegancia y forma de escritura, que permite la duda y la ironía, sin embargo, en su obra no enmarca ningún estilo; pues cada uno de sus poemas suscita uno propio. “Szymborska se esfuerza por iluminar los problemas más profundos de la

existencia humana, rodeada por la transitoriedad del ahora y de la vida cotidiana. Ella teje la maquinaria de la eternidad en una experiencia momentánea del aquí y ahora” (The Nobel Prize 2.022).

Así, sus palabras en las ocho estrofas con veintiséis versos libres, del poema gente, son tan delicadamente escogidas, como la sensación misma que producen al esbozar a al ser humano, cual delicado escultor, pule a detalle, para hacerlo tan real que dé la impresión de respirar. Con su lenguaje cotidiano, permite sentir el miedo, la tristeza, la frustración el vacío; oír los jadeos, el cansancio, el latir del corazón angustiado, observar cómo corre por el rostro el sudor de quien carga sobre su alma, la huida. Situación que solamente puede lograr la poesía al remover las fibras más recónditas del alma como lo dice Paz, O (1.956) “el lenguaje del poeta es el de su comunidad, cualquiera que esta sea. Entre uno y otro se establece un juego recíproco de influencias, un sistema de vasos comunicantes” p.25

Gentes huyendo de otras gentes.
En algún país, bajo el sol
y bajo unas nubes.

Gente de llantos y alegrías, de hambre y saciedad, horror y de amor, de vida sumida entre los dedos largos y macabros de la muerte, deslizándose hacia el camio ciego de una inminente huida ¿en silencio? ¿en estruendo? escapando de aquel, que, sin arma puesta, esconde la misma esencia en el torrentoso caudal de sus venas.

¿Acá o allá? No importa. El mismo cielo tormentoso cobija la humanidad indolente, bajo el sol ardiente que quema la esperanza de quienes son tocados por la luz del aniquilamiento. Nubes de dolor, y sudor bajo el inclemente sol ¿acaso puede la luz romper tal oscuridad?

Traspasada en tiempo y espacio la fotografía de Abad Colorado, muestra cómo el cielo se anida en la espesa vegetación y allí, las personas se multiplican en una difusa silueta en perspectiva, que desdibuja sus propias vidas. No existen porque, ya están incompletos.

Atrás dejan todo lo suyo,
campos cultivados, gallinas, perros,
espejos en los que ahora el fuego se contempla.

La voz poética, manifiesta el desgarramiento, el sufrimiento, que quiebra la dignidad, al dejar la vida misma y continuar existiendo, entremezclando la ausencia y el recuerdo, en una extraña sensación de no saber qué ocurre, aunque el fuego hiera sin clemencia, como lo escribe Szymborska en un verso de su poema Vietnam “¿existe todavía tu aldea? -No se” (OMEGALFA, 2.014).

Sentir el dolor que cubre el camino mal trecho, mientras se arranca el tallo que germinó de raíces sagradas. Morir en vida. Ser deshojado hasta que, un espacio en tu propio ser se torne translúcido, dejando un vestigio de lo poco, de lo mucho, de aquello que tus ojos no volverán a contemplar, pero; que añorarás en sueños o te torturará en pesadillas. Tan cierto es, como saber que no puedes perder lo que tu corazón y tu memoria guardan. No hay nada ya, pero, los recuerdos desnudan el alma, en cada latido de tus pasos errantes.

No sabes si el mismo lugar abandonado continúa existiendo, en su forma en su espacio, si los nuevos ocupantes hacen de él un hogar o un sitio de tortura, si los rincones que la gente cruzaba con esperanza albergan la muerte tornándose helados, teñidos de color azul oscuro tenue, cual espacio sepulcral; si ese existir es del paisaje en paz que se percibía cuando era tu hogar o si es simplemente el lienzo que recogerá la sangre ¿Lo sabes?

En su tercer verso, la temporalidad marcada en el “ahora” fragmenta aquellos recuerdos entre cenizas, del reflejo infernal de la guerra en que la humanidad no es más que madera fina para carbonizar. Entonces, el trabajo fotográfico de Jesús Abad se impregna con este verso, como el aire mismo que respiran quienes caminan en ella: La huida, que se transforma en éxodo. Partir, suscita una herida invisible e imborrable. El no querer abandonar el lugar, la cuna, el vecino, el camino, el amanecer que iluminaba la ventana, el olor a comida, el calor de hogar, la familia,

los muertos. Significa un viaje sin retorno, sin querer olvidar, sin querer soltar. Y en el fondo, la fotografía traslada con la vegetación, el paisaje que un día significó acogimiento; en donde se mirará pasar el fuego, el aniquilamiento, la estratagema, esta vez sobre el inocente, anticipado por la poeta con la palabra “espejo”.

Cargan en sus espaldas cántaros, bultos,
cuanto más vacíos más pesados de día en día.

Es un acto desesperado de supervivencia y propiedad, cargo lo poco que resiste mi cuerpo, ¡lo mío! ¡lo que un día tuve! en el inventario infinito de lo que me arrancaron: la vida mis padres, mis hijos, el territorio.



¿Cuán grande es la carga? ... las horas pasan, el camino talla, la fuerza se va, y te asfixia perseguir los anhelos que morirán al atardecer. Pesarán mis muertos, el hambre, la indiferencia de otros, el olvido, el nunca, el siempre, el ayer... débilmente mis pasos transitarán por caminos ajenos.

Abad, captura cómo Misael, carga una nevera; una pertenencia, una necesidad del hogar que debe trasladar en ese momento sin rumbo fijo, no es el qué, es a dónde. Se aferra. Ese esfuerzo representa la carga moral, el luto, el llanto, el terror, el trauma. Vivir con miedo pesa, se lleva en la espalda, como un anclaje al centro del infierno del que no es posible escapar.

Y ese peso de la guerra que cuelga sobre la humanidad, en un creciente vacío de impotencia, sin importar la edad pues, a la infancia le es arrebatada su inocencia y la golpea con el trauma imborrable de su atrocidad. En aquella huida, su hija Karina carga la mochila que envuelve su garganta, sus ojos mirando al frente sin la opción de poder, ni querer ponerlos atrás, donde quedaron los juegos y fantasías, las risas, el amor y el descanso. El acogimiento del hogar ahora es sinónimo de horror. La guerra de los adultos no admite la voz de un inocente.

Hay quienes se detienen en silencio,
y los que entre el tumulto, roban el pan a otro,
y quien acuna a un niño muerto.

Tu voz inexistente, perpetúa las horas errantes y vacías. Inevitable temblar de miedo, el aire no danza en tu ser, las piernas adormecidas, el sudor helado, el corazón como un volcán ardiente y estruendoso. ¿Te paralizas? ¿huyes? Entiendes que, caminar ya no es opción. Y en esa incertidumbre, esperar... ¿has perdido la noción del tiempo? unas pocas horas transcurren en eternos abismos de crueldad. Exhaustas las almas petrificadas por un instante o por unas horas, o por siempre.

En su segundo verso, Szymborska escribe “tumulto” y con esta palabra, rescata los rostros desdibujados de millones de víctimas quienes han existido por un instante, luego se condenan al olvido y en el orden in-

clemente de la humanidad, serán simplemente una cifra mal contada, que, en la fotografía de Abad, es el brote incontenible de las familias que cruzan el umbral hacia el olvido. Muchos, cientos, acrecentándose como las aves migrando en el cielo, deslizándose en el viento, ante el adormecimiento de quien no padece la misma suerte.

La sociedad te degrada, al punto en el que no significas nada, no eres nadie; eres invisible, parte del rezago, comida de lobos. La hipocresía se lamenta y te compadece, nada más “la lástima es la doble moral de la sociedad”. Sobrevives en medio del hambre, de la escasez. La vida te pone a prueba, eres dueño de tu existir. Robar el pan a otros o que otros te lo quiten, no es más que una muestra de la violencia que se nutre con más violencia, como se enardece la ira con el odio, con la inclemencia, la frustración y la sed de lograr un trago de venganza. Actuar del mismo modo en que te hicieron la herida, no te hace más o menos miserable, te hace parte irrompible de la degradación humana.

Nada más representativo en la foto que la ausencia de cualquier posibilidad real de subsistir. Escapas, hay hambre, cansancio, no encuentras refugio que reemplace tu hogar. Jamás te será fácil encontrar alimento, ni para el cuerpo, ni para el alma. Vivir un infierno conduce a un solo sitio: al infierno. Y allí en tus pasos al deambular, el dolor será inclemente.

La perversidad te despoja de lo único que realmente posees, tus seres queridos, quienes bañaron con su sangre la tierra o de algunos que huían también. Caerán vidas cual gotas de lluvia en la noche oscura, mojarán tu rostro, se desvanecerán en ríos de dolor y por ellos nombrarán viudos, huérfanos y como el mayor acto de perversidad, se padecerá la pérdida de los hijos, como lo describe en su libro lo que no tiene nombre, Bonnett, P (2.019) “también hay brevísimos instantes de lucidez, de comprensión: no, Daniel no volverá jamás. Es como si esta palabra afectara una parte de mi cerebro, que hace que me abisme a un estado desconocido, imposible de describir con palabras exactas.” p 82.

Así, la incertidumbre embarga el alma de un padre que en la foto huye, caminando atrás de su hija, como sombra que cobija del sol ardiente. Mientras ella camine, existirá la esperanza como la luz tenue que crece luego de la tormenta y será su consuelo, su fuerza, pero ¿si le es arrebatada, tendrá sentido la existencia?

En la medida que avanzan las estrofas del poema, se oscurece el caminar de los desterrados, cada palabra ahonda la penumbra que aplasta la libertad. Es una ironía del destino, huir para estar encadenado al recuerdo, a los muertos, a la tierra, en la añoranza de regresar. De pronto, la poeta, con el verso “sobre un río extrañamente rosado” diluye sangre de los seres queridos, en el caudal del olvido, como se diluye la esperanza en el río de gente que se empieza a formar en la fotografía de Abad.

Paradójicamente la esencia del ser humano es trazada, tanto en fotografía, mostrando los rostros de algunos soldados junto a las familias y en el poema en el verso “alguien les va a salir al encuentro, pero cuándo, quién” sutilmente se descubre tras la oscuridad, el rostro de quien asecha en el camino, empuñando el arma contra su hermano. Al fin que todas las personas se encuentran en la misma balanza.

Szyborska dice “mejor aún, de no- haber-existido” para encontrar el punto de tormento y desesperación, con el implícito deseo de borrar la experiencia tortuosa. Como si un lapso de tiempo salvara a la persona del sufrimiento, de no llorar, no recordar, no respirar el nauseabundo olor de la guerra en cada paso que da hacia lo incierto.

Y es el tiempo, quien te consume, como el fuego a la madera. Existes, mientras rondas los infinitos abismos del dolor y de la muerte, todavía sin comprender por qué huyes, por qué tus manos quedaron vacías, por qué te arrebatan la voluntad, de ser, de estar en algún lugar, de elegir el paisaje que contemplarás con tus hijos. Estás ahora, de pie frente al futuro desdibujado por la bruma. El tiempo se desliza cual gota de rocío en una flor que mañana se marchitará. Persiste el dolor ¿vives?

Referencias bibliográficas.

Redacción centro GABO (6 de febrero de 2.019). “Hay que ser capaz de contar con una imagen la pulsación del alma” Jesús Abad Colorado. Fundación GABO. Recuperado de <https://centrogabo.org/proyectos/cronicando/hay-que-ser-capaz-de-contar-con-una-imagen-la-pulsacion-del-alma-jesus-abad>

THE NOBEL PRIZE (2022). Wislawa Szymborska Hechos. Recuperado de <https://www.nobelprize.org/prizes/literature/1996/szymborska/facts>

Paz, O (1.956). El arco y la lira.

Bonett, P (2019). Lo que no tiene nombre. Editorial Lecturandia.

Biblioteca virtual OMEGALFA (2.014). Entre los poetas míos Wislawa Szymborska. Colección antológica de poesía social Vol 75. Biblioteca virtual. Disponible en <https://omegalfa.es/titulos.php?letra=c&pagina=5>